

LA LUCHA POR LA HEGEMONIA MUNDIAL
(Estados Unidos, China y la Argentina)

*Comunicación del académico de número Felipe de la Balze,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 28 de agosto de 2019*

Las ideas que se exponen en los ANALES son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de dicha publicación, ni la de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas
Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049 (1014)
Buenos Aires - República Argentina
www.ancmyp.org.ar
ancmyp@ancmyp.org.ar

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2019 / 2020**

Presidente.....Académica Lic. Marita CARBALLO
Vicepresidente .. Académico Dr. Horacio JAUNARENA
Secretario Académico Dr. Santiago KOVADLOFF
Tesorero Académico Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI
Prosecretario ... Académico Ing. Manuel A. SOLANET
Protesorero.... Académico Dr. Ricardo LÓPEZ MURPHY

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE.....	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA.....	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA.....	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI.....	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Leonardo MC LEAN.....	22-04-87	Juan B. Justo
Dr. Gregorio BADENI.....	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ.....	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO.....	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría

Dr. Alberto DALLA VÍA.....	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA.....	14-09-05	Cornelio Saavedra
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET.....	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO.....	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ.....	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF.....	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT.....	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE.....	14-04-10	Bartolomé Mitre
Lic. Marita CARBALLO.....	26-10-11	Roque Sáenz
Peña Dr. Héctor A. MAIRAL	26-10-11	Carlos Pellegrini
Dr. Eduardo Martín QUINTANA.....	26-10-11	Vicente López y Planes
Dra. María Angélica GELLI	12-12-12	Antonio Bermejo
Dr. Adalberto RODRÍGUEZ GIAVARINI.	12-12-12	Adolfo Bioy
Almte. Enrique MOLINA PICO	12-12-12	José de San Martín
Monseñor Héctor AGUER.....	10-09-14	Ángel Gallardo
Dr. Horacio JAUNARENA.....	10-09-14	Mariano Moreno
Dr. Luis Alberto ROMERO	10-09-14	Nicolás Avellaneda
Dr. Marcos AGUINIS	24-08-16	Benjamín Gorostiaga
Dr. Ricardo LÓPEZ MURPHY	24-08-16	Miguel de Andrea
Dr. Norberto PADILLA.....	24-08-18	José Manuel de Estrada

LA LUCHA POR LA HEGEMONIA MUNDIAL (Estados Unidos, China y la Argentina)

Por el académico DR. FELIPE DE LA BALZE

La rivalidad entre los Estados Unidos y China es el tema central del escenario internacional.

La Argentina del siglo XXI será exitosa si es capaz de introducir las reformas internas necesarias para progresar. Un desarrollo balanceado, inversión productiva, moneda sana, equilibrio fiscal, mejoras en el sistema educativo y la construcción de un aparato estatal eficaz son los principales desafíos.

También debe definir con lucidez el posicionamiento internacional del país para facilitar la ejecución de las reformas internas y recuperar el respeto internacional. Una potencia media, como la Argentina, solo puede desarrollar su economía y fortalecer su poder y prestigio si adapta con pragmatismo su política exterior a las condiciones imperantes en el escenario internacional.

Los períodos como el actual, donde ocurren grandes mutaciones en el orden mundial, representan a la vez un peligro y una oportunidad. Hay que saber elegir el camino.

1. Un Mundo en Transición

Ingresamos en un orden mundial diferente a la “Guerra Fría”, que vivimos después de la Segunda Guerra Mundial, y al “Momento Unipolar” de preeminencia norteamericana, que conocimos luego del derrumbe del imperio soviético.

Durante la Guerra Fría (1945 – 1991), el sistema mundial fue bipolar y los imperios soviético y norteamericano se enfrentaron en lo ideológico, lo político y lo militar.

La capacidad de destrucción nuclear mutua limitó el conflicto militar directo entre los dos contendientes. La rivalidad se desarrolló en la periferia (Afganistán, Angola, Centro América, Checoslovaquia, Vietnam, etc.) en el contexto de guerras de liberación, levantamientos populares y operaciones de propaganda y de espionaje.

La relación económica entre los imperios en pugna fue escasa. El proceso de globalización económico que tomó vuelo en las décadas de 1960, 1970 y 1980 ocurrió dentro del bloque occidental, a través de la liberalización comercial impulsada en el marco del GATT y de la mano de las inversiones de las empresas multinacionales.

La eclosión del imperio soviético (1989-1991) abrió la puerta a un período de predominancia norteamericano (el “Momento Unipolar”). Los eventos más salientes fueron la aceleración del proceso de globalización económico y cultural a través del “Consenso de Washington”, la creación de la Organización Mundial de Comercio (1994) y la difusión del internet.

En el campo militar se pueden mencionar: las guerras del Golfo y de los Balcanes, la invasión norteamericana a Afganistán e Irak y la guerra contra el terrorismo islámico en respuesta al ataque a las Torres Gemelas.

La hegemonía norteamericana no se afianzó. La crisis financiera global del 2008 / 2009, cuyo epicentro fue los Estados

Unidos, y el fracasado proyecto de democratizar el Medio Oriente, puso en tela de juicio la capacidad norteamericana para alcanzar sus objetivos.

El debate interno en los USA sobre la estrategia a seguir se intensificó a partir del año 2010. Finalmente, la victoria de Donald Trump, a fines del 2016, impulsó un perfil revisionista y nacionalista a la política exterior norteamericana.

El primer objetivo de la administración Trump fue renegociar los acuerdos comerciales y militares con sus socios tradicionales. Renegoció el Nafta con Canadá y México así como los entendimientos comerciales vigentes con Japón, Corea del Sur, la Unión Europea y otros países aliados.

En lo comercial, se propuso retirar “concesiones asimétricas” otorgadas en el contexto de la Guerra Fría y reequilibrar el campo de juego en beneficio de sus productores. Algunas negociaciones ya se completaron (el Nafta y Japón) y otras están avanzando lentamente en la dirección apuntada por Washington.

En lo militar, la diplomacia estadounidense presionó a sus aliados tradicionales (los miembros de la OTAN, Japón y Corea del Sur) a contribuir más a la defensa común, incrementando sus gastos militares a un nivel mínimo del 2% del PBI. A pesar de las resistencias, el proceso está en marcha. Alemania, que gastaba aproximadamente 1.3% de su PBI, se comprometió, en el marco de la OTAN, a alcanzar el nivel del 2% para el año 2023.

La administración Trump concentró sus esfuerzos en modificar la relación comercial, tecnológica y geopolítica con China, considerada de ahora en más como un “rival estratégico” (ver Estrategia Nacional de Seguridad, Casa Blanca, 2017).

Simultáneamente, en Europa, el proyecto de orientación federal liderado por Alemania y Francia durante las últimas tres décadas, mostró signos de debilitamiento. La idea de recuperar soberanía priorizando acuerdos intergubernamentales gana espacio

en la política europea. La vieja idea de Charles de Gaulle de una “Europa de naciones” volvió a surgir con fuerza.

La decisión británica de salirse de la Unión Europea (el Brexit), la oposición italiana en temas de inmigración, las demandas por mayor autonomía de varios países de Europa del Este (Austria, Hungría, Polonia y Rumania) y el fortalecimiento de partidos políticos críticos a la centralización administrativa de Bruselas, contribuyen a un difuso malestar.

Por su parte, el agresivo comportamiento de Rusia respecto a Ucrania y la anexión forzada de Crimea en el 2014, así como la participación militar rusa en el guerra civil Siria para sostener al presidente Bashar al Assad, han vuelto a poner a Moscú en el tapete de la geopolítica mundial. Las sanciones financieras impuestas por los Estado Unidos y sus aliados agravaron las tensiones sin ser suficientes para modificar el comportamiento de Moscú.

Las tensiones y disputas entre China con otros estados ribereños en los mares del Este y del Sur de China (Brunei, Filipinas, Japón, Indonesia, Malasia, Taiwán y Vietnam) se agravaron en los últimos tiempos.

La estrecha relación de los Estados Unidos con Taiwán y el control naval que ejerce su Séptima Flota sobre el tráfico marítimo regional -en particular el estrecho de Malaca- por donde transita diariamente más del 20% del petróleo mundial, son un irritante para China.

China ha incrementado su capacidad naval en la región e intenta extender sus derechos soberanos a través de la construcción de instalaciones militares en islotes, un mayor control del espacio aéreo y una agresiva proyección de sus intereses comerciales (gas, petróleo y pesca).

Por varias décadas, los USA facilitaron el surgimiento económico de China mientras que esta última aceptaba tácitamente el dominio militar de los Estados Unidos en la región del Asia/Pacífico. Ese período concluyó, y hoy, las ambiciones

geopolíticas chinas y el revisionismo nacionalista norteamericano se enfrentan.

Los mares del este y sur de China y las regiones aledañas serán el locus privilegiado de las disputas geopolíticas y militares durante las primeras décadas del siglo XXI, como lo fue Europa durante buena parte del siglo XX.

Se ha iniciado una Nueva Era durante la cual el veloz surgimiento de China y la “declinación relativa” de los USA son los hechos determinantes del nuevo escenario.

2. El Surgimiento de China

China se incorporó plenamente al sistema capitalista mundial en el corto lapso de una generación. Su estrategia internacional fue de bajo perfil, concentró sus esfuerzos en abrir mercados, atraer inversiones extranjeras y asegurarse la transferencia de tecnologías para modernizar su economía.

El gran tamaño del mercado chino y su enorme población sentaron las bases de su progreso. La apertura económica, la voluntad de trabajo y el dinamismo empresario fueron los detonantes. Una severa disciplina social impuesta por el Partido Comunista proveyó la estabilidad necesaria para facilitar una altísima tasa de ahorro e inversión durante más de treinta años (45% del PBI en promedio) y generó un alto y sostenido crecimiento económico.

El modelo de “capitalismo de estado” puesto en práctica se caracteriza por una fuerte dosis de dirigismo estatal en la selección de las inversiones incluyendo planes quinquenales, direccionamiento estatal del crédito, transferencias compulsivas de tecnología y la creación -a través de fusiones y reestructuraciones- de grandes empresas nacionales (los “campeones nacionales”).

En el terreno internacional se practicó una ambiciosa estrategia mercantilista. China protegió selectivamente al mercado

doméstico de la competencia extranjera y promovió a sus grandes empresas en la conquista de mercados externos.

Irónicamente nada de lo sucedido hubiera ocurrido si los USA no modificaban su política hacia China durante la década de 1970. El descongelamiento político que ocurrió después de la visita del Nixon a China en 1973 y la decisión posterior de numerosas empresas norteamericanas de invertir en China fueron los disparadores del proceso de transformación.

Los USA también facilitaron la incorporación de China a las instituciones económicas claves que ellos habían patrocinado después de la Segunda Guerra Mundial. En particular al FMI, el Banco Mundial y el Banco Asiático de Desarrollo durante la década de 1980 y a la Organización Mundial del Comercio en el 2001.

La estrategia norteamericana se basó en intereses materiales y en expectativas políticas. Por un lado, el interés económico de las grandes multinacionales en acceder al mercado doméstico chino y también aprovechar los bajos costos laborales para construir plantas industriales orientadas a la exportación.

Por otro lado, se esperaba que el crecimiento de nuevas clases medias y sectores empresarios en China generaran demandas por mayor libertad y facilitaran el surgimiento de un “estado de derecho”.

Francis Fukuyama y Thomas Friedman fueron quizás los exponentes más conspicuos de estos argumentos que fueron incorporados a los discursos públicos y privados de los principales líderes occidentales por más de veinte años.

La historia política de Occidente y la consolidación de democracias liberales después de la II Guerra Mundial en países tan diversos como Alemania, Japón, Taiwán y Corea del Sur confirmaban la fuerza aparentemente arrolladora del desarrollo económico sobre la evolución del sistema político.

La evolución política china desmintió tajantemente las ilusiones creadas. El sistema político es autoritario y neo-totalitario. El partido es leninista en su práctica política y privilegia el “centralismo democrático” en su gestión del estado y la sociedad (la autoridad se ejerce de arriba hacia abajo).

Desde la asunción del presidente Xi Jinping en el 2012, el rol del partido en el sistema de gobernanza no ha dejado de afianzarse. Sin libertad de prensa, la información transmitida por internet es censurada y los disidentes políticos o de minorías étnicas (tibetanos, uigures y otros) son perseguidos o enviados a realizar trabajos forzados en centros de “rehabilitación”.

La fuente de legitimidad del régimen es el progreso económico y un intenso nacionalismo promovido desde el estado y asentado en el recuerdo de las privaciones y humillaciones que Japón y las potencias occidentales le impusieron a China en el pasado.

El partido dirige los destinos del país, impone disciplina a los opositores y resuelve, a través de la cooptación y/o de la represión, las tensiones que genera el crecimiento (los conflictos laborales, la expropiación de tierras, la polución y la competencia entre regiones y empresas).

El régimen cooptó al sector empresario en sus rangos. Los empresarios representan aproximadamente el 10% de la membresía del partido (89 millones de afiliados en total). Para progresar en el mundo de los negocios es conveniente estar asociado al partido. Muchos empresarios importantes participan del Congreso partidario que se reúne para elegir las máximas autoridades del país y refrendar las decisiones del Comité Central y del Politburó.

El partido comunista bucea sus orígenes aparentes en Marx, Engels y Lenin quienes le dieron un barniz occidental y revolucionario a viejas tradiciones burocráticas imperiales muy arraigadas en la cultura china. China jamás conoció un período democrático. El absolutismo del Estado y el control burocrático sobre la sociedad y los individuos, tiene una larga historia.

Los promotores actuales del “rejuvenecimiento chino” que proponen una China unificada, próspera, y controlada por un partido único, que la proteja de las peligrosas influencias del mundo externo, son fieles continuadores de aquella tradición política.

3. La “Declinación Relativa” de los USA

Los Estados Unidos seguirán siendo por bastante tiempo la primera potencia en el escenario mundial, pero China le muerde los talones y las diferencias entre ambas grandes potencias se achican, en casi todos los escenarios.

Los Estados Unidos son hoy la potencia militar dominante por su capacidad de proyectar poder globalmente, la cantidad y modernidad de su armamento, su probada experiencia en combate y la densidad de sus acuerdos regionales de defensa.

En lo financiero, los Estados Unidos mantienen una posición preeminente. El dólar es de lejos la principal moneda de “uso” y de “reserva” internacional. El mercado de bonos norteamericano es el más grande del mundo y sirve de referencia para el resto de las finanzas mundiales.

El stock de inversiones extranjeras directas norteamericanas en el mundo es muy superior al chino y de acuerdo al ranking de Forbes, 559 de las 2000 compañías multinacionales más grandes son norteamericanas mientras que 291 son chinas.

Los USA son también el mayor receptor de inversiones directas del mundo y su dinamismo tecnológico en informática, biotecnología y otras tecnologías de punta es formidable.

Son la potencia con más influencia cultural atrayendo estudiantes de todo el mundo y ejerciendo un enorme ascendiente a través de sus compañías de internet, sus programas de televisión, sus agencias de noticias y la amplia presencia de sus “marcas” en el consumo global.

Cuentan con una posición geográfica privilegiada (una cuasi isla de escala continental con acceso a dos océanos). Son un imán a la inmigración calificada y su población crece a una tasa razonable del 0.7% anual.

A pesar de estas fortalezas, los Estados Unidos sufren una “declinación relativa” respecto a China. En el ámbito nacional han invertido poco en infraestructura y sufren un evidente atraso en materia de aeropuertos, ferrocarriles y caminos.

El sistema institucional –admirado en el mundo entero durante décadas– se ha vuelto menos funcional y el espacio de la política se ha vuelto excesivamente conflictivo durante los últimos años, afectando negativamente la toma de decisiones.

Por su parte, China crece más rápido y su economía -si no ocurren sorpresas- será en el 2030 entre un 50% y un 60% más grande que la estadounidense. China es la primera nación comerciante del mundo y el socio comercial privilegiado de más de 40 países. Su rol como prestamista e inversor internacional crece con rapidez, particularmente en el universo de los países emergentes.

El mercado interno chino es inmenso y su economía en el futuro se volverá menos dependiente de los mercados internacionales para sostener su desarrollo. Su creciente clase media facilita la introducción en gran escala de las nuevas tecnologías de la información (entre otras el 5G, el “big data” y “la inteligencia artificial”), lo que le permite competir cabeza a cabeza con los USA en la difusión de dichas tecnologías en el mundo.

En el campo de las capacidades militares, China ocupa el segundo lugar después de los USA. Pekín ha concentrado sus recursos navales y misilísticos en Asia, lo que contrasta con la postura militar norteamericana que es global.

En la región, el presupuesto de defensa Chino es un 56% superior al de Japón, la India y los diez países miembros de la Asociación de Países del Sudeste Asiático (ASEAN) juntos. Pero su poder militar está condicionado por las dificultades que

encuentra para establecer alianzas militares duraderas con países vecinos con los cuales mantiene desconfianzas de origen histórico.

En términos de poder blando, tanto el proyecto de la “Ruta de la Seda” como los préstamos otorgados para financiar exportaciones y/o la ejecución de obras públicas por contratistas chinos han sido instrumentos privilegiados para abrir mercados, acceder a recursos naturales y conquistar lealtades políticas en el mundo de los países emergentes.

Pero también ha provocado reacciones adversas, crisis de deuda, cancelación de proyectos y situaciones incómodas como ocurrió en Malasia, Myanmar y Sri Lanka y actualmente en Venezuela (donde China es el principal acreedor de un país quebrado y sin destino previsible).

Su sistema de gobierno autoritario y represivo genera suspicacias y dudas en muchos países respecto a su estabilidad en el largo plazo. Sus perspectivas demográficas no son óptimas porque su población está estancada y envejeciendo y se estima que su fuerza laboral se reducirá en más de 100 millones de personas durante los próximos 25 años.

Los datos presentados debajo ilustran en términos comparativos la situación actual:

	USA	China
Población total (millones 2018)	322	1403
PBI a precios de mercado (US\$ trillones, 2016)	18.624	11.222
PBI a paridad de poder adquisitivo (US\$ trillones, 2016)	18.624	21.223
Exportación Bienes y Servicios (US\$ trillones, 2017)	2351	3105
Numero de Grandes Empresas en Forbes 2000 (2018)	559	291
Dólar y Yuan en reservas Internacionales totales (% , 2017)	62.5	1.6

Reservas Oficiales (U\$S trillones, 2018)	451	3236
Inversiones extranjeras directas (% del total mundial, prom.2015-2018)	19.7	15.1
Gasto Militar (U\$S trillones, 2016)	656	243
Numero de portaviones y barcos anfibios (2017)	50	5
Submarinos con misiles (2017)	14	4
Satélites lanzados entre 2015-2018	463	161
Premios Nobeles en Ciencia	57	5
Gasto en Investigación y Desarrollo (% PBI, 2017)	2.8	2.1

Fuentes: The Economist, Pocket World Figures, London, 2019 y Lowy Institute, Asia Power Index, Sydney, 2019.

4. La Transición hacia un Mundo Bipolar

El surgimiento de China y la “declinación relativa” de los USA están generando una transformación profunda en el sistema político mundial. El mundo unipolar liderado por los USA está gradualmente dejando el paso a un escenario bipolar.

Dicha transición está ocurriendo simultáneamente con un desplazamiento del centro económico del mundo hacia Asia. Es ahí donde la competencia entre los USA y China será particularmente intensa en el futuro.

Durante la transición (que durara menos de 10 años) la inestabilidad política y económica internacional aumentará, por la disposición de los USA de defender sus intereses y privilegios amenazados por las ambiciones y apetencias de una China emergente.

Los norteamericanos ya modificaron su visión sobre China. La competencia y la rivalidad reemplazaron la antigua cooperación.

Los Estados Unidos están alarmados con las iniciativas militares chinas en los mares del sudeste asiático y perciben como una amenaza a sus intereses el avance tecnológico de China (el “Proyecto China 2025”) y la proyección de sus ambiciones geoeconómicas a través de la “Ruta de la Seda”.

La dirigencia china teme el cerco naval de los Estados Unidos y sospechan que los norteamericanos desean constreñir su progreso económico y tecnológico para postergar su surgimiento. Desconfían que los USA intenten promover movimientos independentistas en Hong Kong, Tibet, Taiwán o Xinjiang y recelan que la promoción de la democracia y los derechos humanos pueda en el futuro impulsar una liberalización política que podría desestabilizar al régimen.

En la actualidad, la competencia entre China y los Estados Unidos ocurre en dos planos diferentes. **Por un lado, una competencia bilateral** por el desarrollo del poder industrial, militar, informático y el control de las nuevas tecnologías.

El “Proyecto China 2025” que asigna cuantiosas ayudas gubernamentales al desarrollo en diez sectores tecnológicos de punta (telecomunicaciones, informática, inteligencia artificial, robótica, energías renovables, etc.) es el mascarón de proa de la estrategia china para disputar el liderazgo tecnológico mundial.

La discusión sobre la adopción de “estándares de uso” de las nuevas tecnologías, las reservas de mercado para las tecnologías propias, las restricciones a la exportación de ciertos productos, los conflictos en materia de seguridad cibernética y espionaje, son las principales arenas donde negocian y se enfrentan chinos y norteamericanos.

Por otro lado, una rivalidad geopolítica para conquistar lealtades y obtener influencia en terceros países. Se trata de obtener apoyos militares y diplomáticos y acceder a negocios.

Esta competición ocurre a su vez en tres dimensiones. La **marítima** por el predominio comercial y militar en los mares del pacífico occidental, el sur de china y el océano Índico; la

financiera, por la ejecución de grandes obras de energía e infraestructura y; finalmente, la **económica** por el acceso a mercados, la atracción de nuevas inversiones y el control de las redes digitales.

Tanto los USA como China privilegian las iniciativas bilaterales para alcanzar sus objetivos comerciales y financieros en detrimento de mecanismos multilaterales ya establecidos. Las instituciones multilaterales creadas por los Estados Unidos durante la segunda parte del siglo XX (FMI, Banco Mundial, OMC, etc.) seguirán funcionando pero su efectividad dependerá cada vez más de los intereses puntuales de las dos grandes potencias.

Los Estados Unidos intentarán, con la colaboración del Japón y de los países europeos, reformar el funcionamiento de la OMC para poner un coto a los excesos mercantilistas de la política comercial china (propiedad intelectual, subsidios, rol de las empresas estatales). China intentará postergar las reformas y mantener el *statu quo*, del que tanto se benefició durante los últimos veinte años.

China por su parte pretenderá modificar a su favor los mecanismos decisorios de las instituciones multilaterales y regionales existentes. Si no lo consigue, estará tentada a utilizar otras vías y/o crear instituciones alternativas donde pueda ejercer su influencia con mayor discrecionalidad. El recientemente creado Banco Asiático de Infraestructura o, el uso de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) para soslayar la OEA, son ejemplos recientes.

Terminada la transición, el escenario mundial será “bipolar” y no “multipolar”, porque las brechas de poder entre los USA y China, respectivamente, y las demás grandes potencias (Alemania, la India, Japón y Rusia) se agrandan con el pasar del tiempo.

Las fortalezas económicas y militares de las potencias regionales mencionadas son de partida muy inferiores a la de los USA y China. Ni Alemania ni Japón cuentan con los atributos demográficos, económicos y militares para poder competir globalmente.

Rusia cuenta con un territorio inmenso, abundantes recursos naturales y capacidades militares fortalecidas durante los últimos años. Quizás Moscú intente mantener un balance entre los dos bloques en pugna construyendo su propia esfera de influencia en su vecindario. Pero sus pretensiones están acotadas porque su población está estancada, su economía es poco dinámica y sus capacidades tecnológicas están limitadas a la industria del armamento, lo nuclear y el sector de hidrocarburos.

La India está creciendo velozmente en términos económicos y demográficos pero sus divisiones internas étnicas, religiosas y lingüísticas son profundas y limitan por ahora sus posibilidades para organizarse y convertirse en una gran potencia capaz de competir cabeza a cabeza con China o los Estados Unidos.

La idea de una estrecha simbiosis (un condominio) entre los intereses de las dos grandes potencias, el llamado G2, es ilusoria. Por supuesto habrá periodos de acomodamiento y tregua así como espacios de cooperación entre los dos grandes contendientes en áreas tan disimiles como el calentamiento global, el terrorismo, los esfuerzos para limitar la proliferación de armas nucleares y los intereses económicos compartidos (en particular la estabilidad financiera internacional).

Pero los sistemas de gobernanza política (democracia vs. partido único) y los modelos de gestión económica (capitalismo de mercado vs. capitalismo de estado), son antagónicos. Ambas potencias se consideran con un destino histórico excepcional y sus dirigencias ambicionan reconocimiento y primacía para su país.

Lenta, pero inexorablemente, la rivalidad económica, política y militar se va a intensificar durante la próxima década y la bipolaridad se va a consolidar.

5. Conclusiones para la Argentina

En el campo militar y político la característica dominante del sistema político internacional en las próximas décadas será la competencia entre los Estados Unidos y China. La intensa rivalidad llevará, con el tiempo, a la creación de dos grandes alianzas militares: una liderada por los USA y la otra por China, en consonancia con lo ocurrido entre los USA y la Unión Soviética durante la última Guerra Fría.

La nueva bipolaridad arrastrará al resto de los países a tomar posiciones. En un mundo, bipolar los márgenes de libertad de acción en los temas militares serán acotados (se estará con uno o con el otro).

Probablemente la coalición militar norteamericana replicará en grandes líneas la conformación de la “alianza occidental” de la última Guerra Fría, incluyendo los países de la OTAN, Japón, Canadá y Australia y algunos países asiáticos.

Mientras que la coalición china incluirá a Camboya, Corea del Norte, Laos, quizás Pakistán e Irán y países asiáticos o emergentes fuertemente dependientes de la economía y el financiamiento chino. El caso de Rusia merece un comentario aparte. Hoy está alineada con China, pero eso podría cambiar, pues China es una amenaza más cercana y concreta a sus intereses asiáticos.

El riesgo de una guerra generalizada entre China y los Estados Unidos, por ahora, es bajo. La disuasión nuclear reciproca es efectiva porque ambas potencias cuentan con la capacidad militar para destruir a la otra en el caso de una guerra total.

Un conflicto militar a través de terceras partes parece poco probable. China emplea su creciente poder económico como instrumento privilegiado de su accionar internacional y prefiere extender su influencia geopolítica a través de préstamos, inversiones y acuerdos comerciales.

Pero no puede descartarse en el futuro confrontaciones por partes interpuestas (guerras civiles, golpes de estado y conflictos entre terceros países) cuando, en regiones periféricas, se comprometan intereses vitales de alguna de las grandes potencias, como ya ocurrió durante la última Guerra Fría.

En un horizonte más largo, un conflicto militar convencional en el estrecho de Taiwán o en los mares del sur y este de China, no es descartable. China no puede concretar sus ambiciones globales sin transformarse en la principal potencia asiática y los USA no podrán mantener su status de gran potencia global si son desplazados de Asia, la región del mundo más poblada y que más crece.

En el campo económico, el proceso de globalización económico en marcha no se detendrá, porque tanto los USA como China están profundamente integradas a la economía mundial. La difusa e intensa integración de los flujos de producción y comercio a través de las empresas multinacionales crea una red de intereses compartidos que le provee sustento y dinamismo al proceso de globalización.

Mientras no haya guerra, una estrategia de contención económica como la que puso en práctica los USA respecto a la Unión Soviética durante la Guerra Fría parece poco probable.

El proceso de integración económico mundial probablemente perderá velocidad y la globalización futura será más desordenada. El conflicto impactará la localización de ciertos flujos de inversión extranjera directa como ya está ocurriendo en el sudeste asiático principalmente en Taiwán y Vietnam.

Las negociaciones bilaterales se volverán moneda corriente entre los estados. Se crearán esferas de influencia superpuestas pero se mantendrán numerosos entrecruzamientos de intereses en los temas comerciales y económicos.

La excepción será los temas digitales y de telecomunicaciones donde quizás ocurran fracturas importantes en la economía mundial causadas por la preferencia china por

controlar políticamente el acceso a la información y por los temores norteamericanos respecto al impacto militar del espionaje cibernético.

Numerosos países se alinearán en lo militar con alguno de los contendientes sin dejar de participar activamente en la economía global y relacionarse estrechamente con el otro.

Una mayoría de los países europeos y americanos (en particular Brasil, Chile y México) optarán por estrategias de “doble vía” manteniendo una amplia cooperación con China en materia de comercio e inversiones y simultáneamente asociándose, con diferentes grados de compromiso, a la coalición militar de los USA y sus aliados occidentales.

Esta estrategia también será atractiva para los países asiáticos que mantienen relaciones económicas intensas con China y simultáneamente por razones de proximidad geográfica temen su expansionismo. Un caso paradigmático es el de Australia cuyo principal cliente comercial e inversor directo es China pero mantiene una alianza muy amplia con los Estados Unidos en materia de defensa e inteligencia.

Respecto a las políticas de “no alineamiento” son efectivas en escenarios multipolares, especialmente cuando el país que las adopta no está directamente involucrado en los temas conflictivos entre las grandes potencias. Fue la política externa inteligente y eficaz que siguió la Argentina entre 1870 y 1939 para promover sus intereses económicos: “ser amiga de todos y aliada de ninguno”.

El “no alineamiento” será capitalizado por algunos países asiáticos, ubicados en las fronteras calientes del conflicto y temeroso de verse involucrados directamente en un enfrentamiento bélico (como sucedió con Austria, Finlandia y otros países durante la última Guerra Fría).

Pero en general, en un escenario bipolar, los beneficios del “no alineamiento” no compensan los riesgos tomados. En particular cuando la nación que lo practica es estratégicamente poco relevante

y no puede utilizar el juego pendular para extraer grandes beneficios de los contendientes.

Para una potencia mediana beneficiarse de la competencia entre las dos grandes potencias sin transformarse en víctima no es fácil como ilustra, entre muchos otros casos, la Argentina durante la Segunda Guerra Mundial.

Para la Argentina, una potencia media alejada del centro del conflicto y estratégicamente poco relevante para los intereses vitales de los dos contendientes, las reglas óptimas de posicionamiento me parecen claras.

Primero: en materia de seguridad y defensa es necesario reconocer la hegemonía norteamericana en el hemisferio occidental. Los Estados Unidos tienen la capacidad de proyectar su poder militar en el hemisferio y en nuestra sub-región, capacidad que los chinos no tendrán por muchos años. Si no elegimos bien nuestro posicionamiento estaremos expuestos a hacerlo bajo presión y en la peor de las circunstancias.

La cooperación militar con los Estados Unidos y sus aliados occidentales, debe estar limitada a temas defensivos y regionales y ser instrumentada en estrecha cooperación con nuestros vecinos, en particular Brasil y Chile.

Segundo: practicar un amplio pragmatismo económico y comercial global en todo lo que beneficie el desarrollo económico nacional. Los límites son aquellas iniciativas que involucren tecnologías “de uso dual” (militar y civil) que amenacen los intereses militares de alguno de los dos grandes rivales. El caso de la estación china de seguimiento satelital instalada en Neuquén debiera servirnos como llamado de atención.

Tercero: priorizar y profundizar la integración con nuestros vecinos en particular Brasil y Chile en todos los campos, inclusive el militar. No debemos politizar por razones de política interna o de preferencias ideológicas las relaciones con los vecinos o la región. Los únicos criterios sostenibles son la defensa de los regímenes democráticos y el respeto por los derechos humanos.

Cuarto: no practicar una política internacional “principista”. La Argentina actual no tiene los atributos de poder para gravitar en el diseño de las reglas y las instituciones que conforman el sistema político y económico mundial.

La política exterior Argentina del siglo XX que promovía activamente principios globales no será efectiva para promover el interés nacional y generará problemas y fricciones que dificultarán el accionar nacional en los temas prioritarios de desarrollo económico.

Quinto: es conveniente reducir gradualmente la dependencia financiera argentina de ambas potencias en pugna. La competencia bipolar incrementará el perfil intervencionista de las dos grandes potencias en los asuntos internos de las potencias medias como la Argentina. Nuestro endeudamiento externo es excesivo, nos vuelve dependientes y nos expone a presiones que pueden involucrarnos en situaciones engorrosas para nuestros intereses.

El desenlace final de la lucha por la hegemonía mundial es imprevisible e indescifrable. Lo probable es que en el largo plazo no se imponga la nación más poderosa sino la que haya sabido crear la coalición más amplia y sólida en términos económicos y militares y que además ofrezca un modelo de organización política y social más atractivo.

Francia y Gran Bretaña se enfrentaron a mediados del siglo XVIII para establecer una primacía en Europa y en América del Norte. Francia era mucho más poderosa en términos de población y potencial militar.

Durante una primera etapa, Francia apoyó la independencia de los Estados Unidos y contribuyó al desmembramiento del imperio británico en América del Norte. A posteriori, el ambicioso intento napoleónico de imponer una hegemonía francesa en Europa continental (1793 - 1815) se malogró frente a la amplia coalición de países que organizó Gran Bretaña. Waterloo y el Congreso de Viena abrieron el camino para la consolidación de Gran Bretaña

como “*primus inter pares*” del concierto europeo durante casi un siglo.

El conflicto posterior entre Gran Bretaña y Alemania (1890 – 1945) duro cincuenta y cinco años y ocurrió en el marco de una creciente globalización comercial, económica y cultural. El conflicto se resolvió en beneficio de la que pudo organizar la coalición más amplia. Ocurrió después de dos devastadoras guerras mundiales con la pérdida de preeminencia de ambos actores en la escena mundial, en beneficio de los USA y la Unión Soviética.

La Guerra Fría posterior duro 46 años (1945 - 1991). Se resolvió nuevamente en beneficio de la coalición más poderosa y que ofrecía un modelo de organización económico y político más atractivo. El derrumbe del imperio soviético inauguró el corto periodo de primacía global unipolar de los Estados Unidos, que ahora está concluyendo.

El ascenso de China en el escenario mundial va a ocurrir indefectiblemente. China es demasiado grande y fuerte para que su emergencia sea boicoteada y los deseos del pueblo chino de participar en la prosperidad global y de ser reconocidos como una gran nación son legítimos.

Pero el surgimiento de China y la “declinación relativa” de los Estados Unidos y de Occidente suscitan tensiones y rivalidades cuyas consecuencias son imprevisibles. Hay que saber elegir el camino.

Debemos preguntarnos si el modelo autoritario chino de modernización tendrá éxito en el largo plazo. La Edad Moderna se construyó sobre la libertad y el pluralismo. Los acontecimientos recientes en Hong Kong y la democracia de Taiwán nos recuerdan la inmensa relevancia del tema.

La Historia no se repite. Pero los acontecimientos riman y echan luz sobre lo que nos depara el Destino.